



Dos turistas se fotografían en Manhattan. :: AFP

dad esos traumas, como el resto del país», observa el autor del artículo, Frank Rich. «Para la mayoría de los estadounidenses, la nube se ha levantado».

Rédito político

En EE UU rebelarse contra el 11-S todavía es como traicionar la memoria de las víctimas, pero incluso quienes vivían envenenados por el resentimiento encontraron en la muerte de Osama Bin Laden el telón final de una película que les había obsesionado durante diez años. «Una vez que se acabó Bin Laden, también salió de nuestra vida política», observaba Rich. «El terrorismo ya no es tema de campaña».

Todo un desperdicio de capital político que resultó muy rentable a George W. Bush en sus ocho años de Gobierno. Pero para eso están las alertas terroristas, esas que el viernes por la noche quitaron el sueño a muchos neoyorquinos y ayer sábado atascaron todas las salidas de la Gran Manzana. El despliegue policial en túneles y puentes así como los meticulosos registros en el metro y en los ferries acabó por desatar el pánico de quienes se habían resistido al huracán de emociones.

Las calles de Nueva York ya no están empapeladas con los rostros de los desaparecidos que perseguieron a sus habitantes durante meses, pero sus miradas vuelven a la

vida en cada exposición cultural que se abre estos días, desde el Centro Time Warner al Internacional de Fotografía. Y mientras el alcalde, Michael Bloomberg, se ha propuesto que hoy no haya discursos en la Zona Cero para evitar la politización del acto, en cuanto George W. Bush y Barack Obama abandonen la ciudad y acabe de recitarse la lista de nombres, se intentarán sol-

ventar las diferencias en el espíritu perdido del 11-S.

A pocas manzanas, el Centro de Acción Internacional y una docena de organizaciones de justicia social han convocado una manifestación contra el racismo, la guerra y la intolerancia. En Washington Square habrá un púlpito abierto para que los espontáneos puedan expresar sus sentimientos y contar las histo-



Tributo a las víctimas del 11-S, ayer en Nueva York. :: AP

Para las agencias y consulados alrededor del mundo toca agradecer la cooperación exterior que otros países dieron a EE UU en la resaca del 11-S. No se trata solo de homenajear las vidas que han perdido enviando tropas a las guerras de Estados Unidos, sino de recordarles que también son sus guerras porque entre los restos del World Trade Center había víctimas de más de 90 países. «Tenemos que seguir unidos para prevenir nuevos ataques», decía el documento filtrado por 'The New York Times'. Por si alguien duda de que la guerra contra el terrorismo desata a raíz del 11-S vaya con él, la Casa

Blanca recordará los atentados de Madrid, Londres, Bali y Nairobi, entre otros. La primavera árabe será presentada como una prueba de que Al-Qaida ha perdido la guerra.

En el plano doméstico hacen falta menos indicaciones. El documento para esta audiencia se limita a una página porque el patriotismo no necesita mucha ayuda. «Dibujaremos el espíritu de unidad que prevaleció inmediatamente después de los ataques», señala. EE UU volverá a despertar hoy en la borrachera de barras y estrellas con que hace diez años vistió el miedo, y el Gobierno intentará de nuevo volver a sacarle partido.

JOSÉ LUIS PEÑALVA

ASESINATO DE MI LIBERTAD



El miedo es un Estado paralelo al Estado de derecho. Nace después del 11-S, y es una dictadura más sutil, opresiva y restrictiva de las libertades que las dictaduras clásicas. Ha jibarizado nuestro mundo, acotado países, prejuiciado espacios y lugares, a los que ya no se acude por miedo al miedo. Véase México, criminalizado por el fantasma de una peste porcina que nunca llegó a manifestarse. La globalización crea nuevas conciencias sobre males atávicos, que paralizan al ciudadano, hipnotizado al oír la palabra riesgo. No importa que muchas de las amenazas sean imaginarias, la globalización ha creado una empatía hacia lo invisible que nos hace abominar lo desconocido. Justo lo que antes nos ponía cachondos porque detonaba nuestra adrenalina y con ella nuestras emociones. Para algún analista, el atentado a las Torres Gemelas se proponía derrotar a la modernidad, aplacar cualquier espíritu aventurero, corromperlo y engatusarlo.

El ojo del 'gran hermano' galvaniza nuestros temores y nos hace retroceder ante amenazas creíbles pero no comprobadas en las que todo el mundo cree. Como la hipótesis del ataque en el décimo aniversario del 11-S. No existen, o no

al extremo de convertirse en irreprochables e ineludibles peligros. Y si la caída del muro de Berlín equivale a un canto a la liberación y a la esperanza, el 11-S es su opo- nente letal. Abre una época de alie- namiento y parálisis, de cacheos en los aeropuertos, de toma de huellas dactilares... El momento en el que se me impide viajar con loción para después del afeitado, colirio para mis ojos alérgicos a los espacios cerrados, sin pasta de dientes. Un momento histórico en el que mi cortauñas pasa a ser considerado un peligro letal y mi cuerpo un arma de destrucción masiva, para él se inventa un escáner pornográfico. Con escuchas y cacheos EE UU ha conseguido ser un país menos libre, pero no más seguro. Un columnista se excusaba de que los americanos deban dar las gra- cias a un británico, obligados a quitarse los zapatos cada vez que pa- san por el control de pasajeros de un aeropuerto y a otro británico por la invención de la bomba líquida, que no permite llevar líquidos en los aviones. El terrorismo ha concedido a nuestras autoridades derecho de pernada y justificado una vigilancia planetaria puesto que todos somos presuntos terro- ristas. Brindo por su seguridad y el asesinato de mi libertad.

rias que traigan en la cabeza, a modo de terapia de grupo. Y en Brooklyn, un grupo multirreligioso se ha pro- puesto visitar sinagogas, mezquitas y estaciones de bomberos.

Los que han sucumbido al pánico tienen la mejor excusa para pa- sar en la playa lo que puede ser el úl- timo fin de semana del verano, y en- tre celebraciones, escapes, huidas y desahogos, el aniversario de la dé- cada trae también la oportunidad de reflexiones más profundas sobre las oportunidades perdidas. La de apro- vechar el momento en que el mun- do se sensibilizó con EE UU y George W. Bush pudo haber cambiado el curso de la historia si hubiera sabido mantener ese espíritu. Pero como en su lugar inició dos guerras, «cuan- do los historiadores escriban sobre la última década lo harán más sobre las innovaciones tecnológicas, el co- lapso financiero, el despegue de Chi- na y las dos guerras», dice Richard Hass, presidente del Council on Fo- reign Relations. De hecho, el 11-S será recordado por la desproporci- nada reacción de EE UU, según ha escrito David Rothkopf en la revis- ta 'Foreign Policy'. Y Facebook o Twi- tter acabarán desplazando a las To- rres, que se recuerdan hoy con dos haces luminosos. «¿Qué es más im- portante? ¿Tumbar el World Trade Center y matar a miles de inocen- tes o unir a 500.000 millones de per- sonas como ha hecho Facebook? No tiene color», aseguró el experto.